

asegure que Hidalguete se ocupaba, mientras batían el cobre los empleadillos de rentas estancadas que componían el batallón, en hacer esos cuadritos de líneas rojas y negras con letras *chambiriniadas*, que los militares llaman *trabajos de mayoría*.

Con su dinerillo y por su mónica, consiguió que el Presidente Peña y Peña le nombrara agregado de la Legación mexicana en Roma; de allí pasó á Londres, y cuando se iba á embarcar para los Estados Unidos, se le revocó el nombramiento de segundo secretario en Washington, designándosele para primer secretario en Madrid. La causa del cambio fué que nombrado Gutiérrez Estrada para agenciar que un príncipe extranjero fuese á hacernos felices, necesitaba á su lado un hombre discreto y de quien le constaran las opiniones monárquicas; y como Hidalgüelo se había clareado con el viejo apóstol más de una vez, creyó que nada convenía más que tener como auxiliar á su protegido.

Poco después pasó Hidalgo á París, y mientras recibía el sueldecito de los liberales, agenciaba por encargo de los conservadores el modo de echar abajo á los que le pagaban. Ahora está destituído y sin emolumentos; pero posee, según dicen, agarraderas que le han de dar para redondearse una fortunita.

Hay sucesos insignificantes al parecer, y que sin embargo ejercen influjo decisivo en la vida de las gentes. Hi-

dalgo llegó á Europa cuando estallaba la revolución de 1848 y el cuerpo diplomático se trasladaba á Gaeta al lado de Pío IX. En la fortaleza se vivía casi en familia, y aquello de tener al lado, pudiendo contemplarlos á su sabor á duques, marqueses, condes y hasta príncipes auténticos, fué lo que decidió la vocación de Hidalgo.

La chifladura de la nobleza ha atacado á José Manuel, y aunque por su casa no tiene una mala ejecutoria que justifique que descende siquiera de alguna azafata ó de algún sumiller de boca, él no deja de llenarse la suya con los nombres de sus relaciones. El Papa lo llama *il suo bel compagno de Gaeta*; el rey Luis I de Baviera se ofende si no va á jugar con él noche á noche; la reina de Holanda le riñe porque no cena en su compañía siquiera tres veces por semana; la princesa Doria Pamphili se indigna porque no da con ella una vuelta de rigodón; los príncipes Borghese, Altieri, Rospigliosi, Torlonia y Doria conciertan con él partidas de caza; la princesa de Essling, la duquesa de Bassano, la marquesa de las Marismas, la condesa de Montebello, la baronesa Pierre, las condesas Latour-Maubourg, Lezay-Marnesia y de Malaret codician sentarse á su lado en la mesa de las Tullerías.

Cada convite, cada baile, cada partida de campo son para Hidalgo un negocio tan serio como para Gutiérrez Estrada la monarquía mexicana. Reflexiona maduramente sobre el traje que convenga llevar, averigua, pregunta,

inquiérese, reflexiona, medita, piensa, y al fin, tras contemplarse por delante, por detrás y de canto en una sabia combinación de espejos que tiene ideada, se va á la fiesta, seguro de llamar la atención de alguna princesa que se prende de sus pedazos.

Ya de regreso en su casa, organiza el expediente de la reunión con la seriedad de un oficinista machucho. Primero va el convite, luego la minuta de la comida ó cena, luego la lista de personas y la descripción de trajes y tocados hecha por los revisteros más famosos, y al fin varias eruditas y substanciosas notas, explicando, aclarando ó rectificando lo dicho por la prensa.

Hidalgo es (hay que decir la palabra) un grandísimo gorrón. Gasta en vestirse y pagar cuarto; pero en comida, ni un céntimo. Los lunes se refocila en las recepciones de las Tullerías; los martes come en casa de la duquesa de Mouchy; los miércoles con la duquesa de Malakoff; los jueves los dedica á la duquesa de Cadora; los viernes ocurre á las fiestas de la condesa Walewska; los sábados visita al almirante Bruat, y los domingos los pasa en compañía de la condesa de Montijo. Y así como tiene distribuidas las comidas, tiene arreglados los almuezos, la cena y hasta los *petits dejeuners*. Cual otras gentes leen al mirar el almanaque: *Lunes 25, San Luis Rey de Francia, Santa Patricia virgen y san Cucufate monje. Hoy empieza en la Catedral el triduo de honor de Santa Gertrudis, y en San Lo-*

renzo las funciones de desagavios; Hidalgo lee: Lunes 25, almuerzo en casa del almirante Jurien de la Gravière, visita á la princesa de Orange, comida en casa de Mme. Pollet y cena en el castillo. Empiezan hoy las asistencias á la Opera Cómica, en el palco de Mme. Cornu, y mañana los garden party en el hotel de la duquesa de Hamilton.

Hidalgo conoce muchas ciudades de Europa; pero ni los museos de Florencia, ni los recuerdos de Venecia, ni las maravillas de París, ni los primores de Viena, Roma ó Madrid le importan un pito, cuando no se le dice que podrá chacotear en unión de gentes de sangre azul. El mundo, la buena compañía, el bailoteo y el hacer reverencias son su vida y su centro. Que derriben San Pablo de Londres, que echen abajo el palacio de Buckingham, que se sorprenda una nueva conspiración de la pólvora; pero que oiga Pepito gritar *Mexican secretary, Austrian Ambassador, Portugal minister* en los *drawings rooms* de la reina Victoria, y no se le dará un comino de las noticias. Que se derrumbe San Pedro de Roma, que se quemé la galería de *gli Uffizzi*, que se venga al suelo el campanille de San Marcos y que un ratero se escape con las puertas del Bautisterio, serán acontecimientos baladíes en comparación de la catástrofe que podría producir que un secretario de menos antigüedad que Pepe alcanzara precedencia sobre él.

Por conquistar el lugar que le toca, es capaz de sen-

tarse sobre quien haya ocupado su silla, y por observar las formas no tendría embarazo en repetir la hazaña de aquel inglés á quien se reclutó en un incendio para que hiciera la cadena, y que no quiso pasar el cubo que le daba su vecino, porque éste no le había sido presentado.

Luego que supo que me hallaba en París y que llevaba cartas para él, fué á visitarme y á ponerse á mis órdenes.

— Todo marcha viento en popa, me dijo. El Emperador está algo rehacio porque teme embarcarse en una aventura sin salida; pero ya le hemos hablado el señor general Almonte y yo, haciéndole presente que en el estado de abatimiento y pobreza en que están los liberales, una expedición á México sería nada más que un paseo militar. Diga usted con franqueza, señora, ¿de qué servirían los cinco ó seis mil desarrapados que Juárez podría levantar contra la mitad de las tropas regulares que Francia nos enviara?

S. M. me dijo hace poco, con sonrisa escéptica, que para plantear la monarquía en México se necesitaban un ejército, un príncipe y muchos millones; pero yo no desespéro de convencerle que sea él quien nos facilite todas esas cosas.

— Entendía, le dije con sorpresa, que estaba ya arreglada la candidatura del príncipe Maximiliano...

— ¡Ah, querida señora! exclamó Pepe, eso tiene más dificultades que parece... Nuestro Gutiérrez Estrada se

figura que todo está hecho; pero él mismo sabe que el archiduque está tildado de liberalismo, y aun creo que don Pepe oyó un famoso discurso que dijo Maximiliano en Londres. Allí están implícitas ó explícitas casi todas las teorías del carbonarismo y socialismo modernos... Y piense usted qué víbora nos echaríamos al seno si lleváramos á la tierra un monarca liberal de derecho divino, y al cual no se podría derrocar ni llamar á juicio... Mas no; ese es un riesgo remoto, pues antes de que Maximiliano fuera á México le leeríamos la cartilla y no nos comprometeríamos á nada hasta no contar con declaraciones expresas y terminantes.

— ¿Y si él no quisiera decir nada que le comprometiera?

— La cosa sería de pensarse, pues no hay muchos príncipes en disponibilidad.

— ¿Y las vacilaciones de S. M., pregunté, son de tal género que se tema no pueda realizarse la expedición?

— Ah, señora, me pregunta usted cosas muy hondas; pero como el señor Saligny me asegura que usted lo sabe todo, no tengo dificultad en confesarle que estamos completamente á salvo de cualquier trastorno. S. M., como político prudentísimo, ve y examina todo con flema y desapasionamiento, y sólo cuando esté bien seguro de que la que se pretende es una empresa grande y gloriosa la acometerá resueltamente. Sin embargo, tenemos la mayor

suma de probabilidades, teniendo en cuenta que hace tiempo trabaja al soberano el altísimo y nunca imaginado propósito de *hacer recobrar su fuerza y su prestigio del otro lado del Océano á nuestra grande y gloriosa raza latina.*

— ¿Y qué se hace con los Estados Unidos, que no dejarán de traer á cuento su famosa doctrina Monroe ó como se llame lo que ellos tienen para impedir que se establezcan nuevas colonias europeas en América?

— ¿Pero acaso no sabe usted que esa república está dando las boqueadas? Los separatistas, dueños de esclavos, quieren formar una nación nueva fraccionando la antigua, y ¡quién sabe cuántos pueblos impotentes y debilucho saldrán de ese monstruo que inspira tantos temores en Europa! Ya los del Sur les han dado á los del Norte dos ó tres buenos achuchones, y no es dudoso sigan dándoles otros más en adelante...

— Bien está: pero si Napoleón III es tan agudo y discreto político como aseguran, ¿por qué se resuelve á enviar una expedición larga y costosa con un fin meramente platónico?

— ¡Platónico! dijo Hidalgo riendo. Lo platónico será cuanto tase un sastre. S. M. desea hacerse con el Estado de Sonora, que ahora nada vale y que está continuamente expuesto á las agresiones del yankee. Acaban de descubrirse en la Sierra Nevada unas minas de plata tan ricas, que hasta se cree harán bajar el valor del metal;

S. M. tiene bien visto el punto, porque ha mandado ingenieros que examinen *la Sonora*, como aquí le dicen, y según parece no hay duda de que las vetas de Vashoe (así se llaman las del territorio americano) se prolongan hasta la futura colonia francesa... Figúrese usted, qué cosa mejor podía acontecernos que contar con un establecimiento francés que estuviera entre México y los americanos.

— Mas en la tierra, hice observar, se va á decir que ya porque se lleven los moros á Sonora, ya porque se la roben los cristianos, se pierde sin remedio y para siempre.

— Claro que lo dirán; pero ya usted sabe que esas cosas no las arreglan los periodistas ni la gentuza ignorante, sino que se tratan por las cancillerías y los congresos de naciones.

— En tal caso, S. M. no vacilará.

— Y si vacila, contamos con un auxiliar excelente, con



D. JOSÉ MANUEL DE HIDALGO

un auxiliar de tal manera favorable, que no obstante hallarse á muchos cientos de leguas, podrá prestarnos sus servicios con la misma eficacia que si estuviera aquí. El señor Gutiérrez ha ido á verle y no dudo que venga provisto de plenos poderes.

— ¿.....?

— Es un cojito dulce y simpático, que vive retraído en una hermosa posesión, que ha engalanado con todos los primores del gusto y del arte. Al nacer se le llamó *hijo del milagro*, porque venía á restaurar y reponer la más grande institución que pueda haber en el mundo y la más fuerte que haya habido nunca en Francia; las mujeres de los mercados le regalaron ramos de flores; las pescaderas de Burdeos tejieron su cuna; los carboneros bailaron á su vera, como los viejos pastores galileos junto al lecho de Cristo recién nacido; Lamartine y Víctor Hugo le cantaron himnos de gloria y corrieron en su honor fuentes de vino, y se celebraron fiestas y se creyó que había llegado el día de la restauración de Francia.

— ¿.....?

— Más tarde sus abuelos fueron desterrados; su madre, que pretendió encender el viejo entusiasmo vendeano, fué cogida prisionera y encerrada en un castillo donde dió á luz un niño que no era de la gloriosa casta á que ella se había unido; y al fin huérfano, solo, meditabundo y triste el niño de otro tiempo se recluyó en su torre, desde donde

habla á sus fieles de cuando en cuando para exhortarlos á la fidelidad, á la constancia y á la unión.

— ¡*Le roi!* grité creyendo haber adivinado aquel jeroglífico.

— El rey, en efecto, dijo Hidalgo.

— El conde de Chambord.

— Monseñor el duque de Burdeos, expresó mi interlocutor con reverencia.

— Mas ¿cómo estando el conde de Chambord desterrado y á matar con este régimen, influye cerca del Emperador?

— ¿No ha oído usted decir aquello de *el gato al rato*? Pues así, Monseñor escribe á tal ó cual legitimista del *faubourg*, éste le dice algo á un obispo, el obispo á mi señora la condesa de Montijo, la condesa á la Emperatriz y la Emperatriz al Emperador.

— Mucho camino es.

— Tal es la política, dijo *le chevalier d'Hidalgo* levantándose, poniendo los dedos pulgares dentro del chaleco y golpeándose con los otros la aletilla de la bordada camisa.